

presente la incredulidad solo considera la naturaleza separada del hombre, no contándola para nada absolutamente en el hombre mismo. El haber suprimido esta base de observacion ha hecho del método llamado experimental el más hipotético, y reducido al par á la ciencia contemporánea á un vasto cuadro de los tres reinos mutilado por la cabeza. Porque, ¿qué es el hombre abstraccion hecha del alma? Un mamífero que no tiene sobre los astros más ventaja que la de saberlos clasificar, sin tener el derecho cierto de mandarlos; un ser inexplicable que tiene la vana pretension de explicarlo todo.

«El naturalista solo conoce los cuerpos y las propiedades de los mismos: todo el que no sea esto es trascendental, el naturalista considera el transcendentalismo como el extravio de la razon humana (1).»

«El estudio empirico de la naturaleza no tiene más fin que la verdad, sea esta consoladora ó desesperante, estética ó no, lógica ó absurda, conforme ó contraria á la razon; necesaria ó extraordinaria (2).»

1 Virchow.

2 Cotta.

### CAPITULO III.

#### LA NEGACION CIENTÍFICA CONTEMPORÁNEA ES ESENCIALMENTE ANTI-HUMANA

Señalar los peligros de nuestro especialismo científico, no es revelar sus errores. Tratemos, pues, por medio de una discusion preliminar, de destruir esta autoridad por la base socavándola, ó mejor suprimiéndole esta misma base; es decir, procedamos como se procede con el árbol que se intenta derribar, en el cual, ántes de cortar las ramas, se comienza por socavar las raices.

Durante la primera mitad del presente siglo, la negacion era audaz; pero no antinatural: al

Tales son las fórmulas de una teoría hoy en boga, que absorbe ó mejor elimina al par, cuanto trasciende á la religion y á la filosofía. Según este delirio de experimentacion material y materialista, el hombre no puede tener certeza de lo que ve con los ojos del espíritu, en tanto no ha obtenido confirmacion por medio de los ojos del cuerpo. Sistema verdaderamente singular, que llega al extremo de aceptar el *absurdo*, con tal que se halle certificado por los procedimientos positivistas; que rechaza hasta el sentido comun cuando no se presenta como *cuerpo*, ó como *propiedad de los cuerpos*; y que concede más autoridad á la experiencia que á la razon, como si la experiencia no alcanzara todo su valor de la comprobacion y de la direccion que la razon le proporciona.

La trasiicion del naturalismo espiritualista, en boga hace todavia muy pocos años, al naturalismo ateo, empírico, y brutalmente negativo, cuya repugnante fórmula acabamos de transcribir, háse realizado bruscamente. ¿Qué se han hecho aquellos tiempos en que Kant, Fichte, Schelling y Hegel en Alemania; Laromiguiere, Royer-Collard y Cousin en Francia, ocupaban la atencion del mundo con sus especulaciones ó con sus sofismas ontológicos? Al presente

toda la filosofía ha venido á reducirse á la historia natural, y la historia natural á una universal blasfemia. Acúsase frecuentemente á los poderes públicos, y hasta ellos solos se achaca toda la culpa de la decadencia en que han venido á parar las creencias, y el cargo, en rigor, nada tiene de infundado: fíjese bien la atencion, y se verá que los gobiernos, con el escepticismo de su conducta, pueden determinar el escepticismo en las ideas; pero el movimiento científico de los quince últimos años, ha producido más dudas que todas las oscilaciones de la política europea. ¿De dónde proceden, pues, las brumas que hánse levantado delante de nuestro sol?

Vamos á decirlo. El progreso de las ciencias naturales engendró desde luego en Alemania un profundo desprecio respecto de la filosofía teórica de nuestros últimos cincuenta años: el empirismo de algunos espíritus, positivos hasta la exageracion, reaccionó violentamente contra los maestros de la escuela idealista, y á consecuencia de esta revolucion el cetro de la ciencia pasó de las manos de los filósofos á las de los médicos. Luis Buchner, la expresion más acabada y popular de esta tendencia, profesó el materialismo y el desden por las doctrinas al mismo opuestas, con una franqueza que ra-



yaba en cinismo. La conclusion práctica de su sistema ha sido formulada en los siguientes términos por Rodolfo Wagner: «Comamos y bebamos, que mañana ya no serémos. Los pensamientos más grandes y elevados no son más que vanos sueños, pura fantasmagoría, agudezas de autómatas que tienen dos brazos y andan con dos piés, y se descomponen en átomos químicos para combinarse de nuevo (1).» Ciertamente el autor contradice las consecuencias que deduce de sus pensamientos; mas no puede impedir al pensamiento el que las formula. En vano se pretendería imponer al hombre las cargas propias del alma, cuando se le suprime el honor.

A la sombra proyecta por el estandarte de este radicalismo anti-religioso, marchan otros muchos escritores, que procedentes de puntos distintos, coinciden en la tesis de la incredulidad absoluta. Schopenhauer, Feuerbach, Bruno Bauer, Max Stirner, Arnoldo Ruge, Moleschot, han expuesto sus variadas negaciones con una crudeza de formas que darian de su país la más triste idea, si no se supiera que la Alema-

1 Discutido todo en la reunion de los médicos y naturistas celebrada en Castiza.

nia es al par la patria de las almas piadosas y de los espíritus audaces. Hasta los mismos gigantes de la incredulidad trascendental han sido tratados por esos materialistas al uso de *charlatanes de ideología* y de *retardatarios anticuados*. En suma, háse llegado al extremo de decir que el ateísmo es un sistema demasiado religioso, puesto que puede hacer algo de más provecho que negar la religion, y es olvidarla (1). ¡Revancha desatinada del empirismo contra los excesos de la expeculacion *á priori*! ¡Degradacion providencial de la inteligencia siempre condenada á expiar sus blasfemias con monstruosidades!

La filosofía francesa ha roto por su lado con la tradicion espiritualista de Cousin y de Colard, para reanudar la materialista de Broussais y Cabanis. La direccion del movimiento negativo ha pasado desde la escuela normal á la escuela de medicina; las ideas han cedido su lugar á la diseccion anatómica; y por último, la metafísica, la teodicea y la psicología, han sido suplantadas por la fisiología animal, y merced á eliminaciones arbitrarias, hasta la misma nocion de la

1 Arnoldo Ruge.

ciencia se ha visto falsificada, á fin de que ni el alma, ni Dios, ni la religion, pudiesen contar con un sitio á propósito en este dominio que les estaba reservado. Augusto Comte y Littré han suscitado esta corriente, arrastrando en pos de sí gran número de discípulos que les exceden en audacia, sin igualarles en talento.

Asustados ante las consecuencias que de sus principios se deducen, en vano han declarado los corifeos del positivismo, que su doctrina, como ninguna desinteresada, respecto de todas las escuelas especulativas, miraba con la misma indiferencia al materialismo y al espiritualismo, por que en estas atenuaciones hay más galantería que sinceridad. Cuando un positivista define el alma humana «el conjunto de las funciones de la masa encefálica (1),» ¿qué es más que un materialista, si quiera no lo confiese? Y cuando identifica *la causa primera con la materia organizada*, ¿qué hace más que profesar decididamente al ateísmo, sin tener valor para responder de él?

Por lo demás, es completamente inútil que los cráculos de esta escuela traten de desvirtuar las

1 Diccionario Kysten.

conclusiones doctrinales de su sistema; pues las gentes han sabido leer lo que puede adivinarse en sus escritos; y nada prueba mejor el ateísmo que profesan, que el ateísmo que engendran. Lo único que hay es que al paso que los maestros se avergüenzan de sus opiniones, los discípulos se enorgullecen de ellas, y que asistimos á un desbordamiento de incredulidad que podría ser motivo de serias inquietudes, si con el limo del espíritu, no aconteciera lo que con el limo de los ros, que despues de haber destruido, fecunda.

Además de las expuestas, existe todavía una tercera causa que ha contribuido á preparar los etectos que lamentamos, y son los descubrimientos llevados á cabo recientemente por la historia natural. ¡Extraña contradiccion! Los mismos espíritus que encuentran admirable á Dios, cuando emplea nueve meses en hacer madurar un grano de trigo; cien años en hacer que completamente se desarrollen ciertos y determinados árboles; y mucho más tiempo todavía en enviarnos la luz de los astros, no saben distinguir su providencia creadora en el primitivo crecimiento de nuestro globo y en las sucesivas transformaciones que ha experimentado. En vez de contemplar el origen de la vida como una producción divina, solo ven en ella una acción de las



fuerzas físico-químicas. Según ellos, la vida surgiendo de un prototipo ó proto-organismo desarrollado fortuitamente, lanzóse y se ramificó espontáneamente por medio de enlaces incalculables, hasta que al cabo de un número de siglos más incalculable todavía, corrigiéndose y perfeccionándose incesantemente este trabajo sordo de la naturaleza, acabó por hacer brotar al hombre de un intermediario colocado entre él y el mono, del mismo modo que, con el transcurso del tiempo, el hombre dará vida á una especie superior. Esas fantasías desmoralizadoras que flotaban en estado de mera hipótesis desde Lamark, Robinet, y Du Maillet, han obtenido una especie de justificación científica en el sistema ultimamente publicado por Darwin. Como observara este naturalista inglés que las razas bajo las influencias de la domesticación y de lo que él llama selección, pueden al cabo modificarse, dedujo que del propio modo pueden ser transformadas las especies (1). Semejante gravísimo error rodeado de un gran prestigio de exposición, y presentado con todas las reservas de

1 Del origen de las especies por Darwin.

una modesta imparcialidad, ha contribuido poderosamente á acreditar la loca fantasía de nuestro origen químico. Solo que así como Lamark y Darwin todavía colocan á Dios en la raíz del árbol de la vida universal, sus comentadores no han concedido á este otro seno natal que el lodo, de manera que si nuestros últimos padres han sido los gorilas y los chimpanzés, los primeros fueron los infusorios de los pantanos cuaternarios! ¿Pueden concebirse los residuos putrefactos de una antigua vegetación, macerados en las aguas de algun antiguo diluvio, produciendo el germen sublime, predestinado á ser, andando el tiempo, el talento de Bossuet, el corazón de Vicente de Paul ó el alma de Jesucristo?

¡Vergonzosa concupiscencia la que inclina al hombre hácia los misterios que no le merecen respeto, para que le dispensen de la penosa obligación de respetarse!

Tales son las fuentes del mal: la extensión del mismo, sólo Dios es capaz de abarcarla. Antes empero de estudiar los grupos diversos de negaciones que esta negaciones generales suponen, juzgamos conveniente establecer una tésis preliminar, en contraposición al aparato científico de la época presente, en cuanto encierra de contrario á la fé. Y téngase en cuenta que se-

mejante procedimiento es mucho más positivo que el adoptado por el partido adverso, puesto que en él vamos á fundar nuestra defensa en los hechos de la humanidad. Nuestros adversarios con tal de dar apariencia de verdad á sus lucubraciones, no vicilan en mutilar la humanidad: nosotros, con un propósito más elevado, vamos á restaurar la integridad de semejante testimonio. Todo el método experimental descansa sobre la base de que nada más existe cierto que la evidencia física y las leyes que de la misma se desprenden; mas la evidencia física sólo tiene autoridad en cuanto la comprueba la razón, determinando al par sus límites y condiciones. Por consiguiente no es impropio, sino por el contrario muy natural en el espíritu humano, el que la experimentación busque base segura á sus afirmaciones (1). Esto sentado, preséntase la naturaleza humana reclamando para todas y cada una de sus facultades el privilegio concedido únicamente á su inteligencia, de servir de fun-

1 No deben confundirse sin embargo la Escuela experimental propiamente dicha, representada por M. Claudio Bernard, cuyo determinismo no excluye ninguna de las ciencias por medio de las cuales el espíritu puede remontarse á Dios, con el método positivista que después de haber dado algunos pasos, se encuenra en el local del materialismo ético.

damento á la verdad. Si, nuestra naturaleza no solo tiene evidencias materiales á disposicion de su juicio; sino que cuenta además con evidencias de sentimiento, evidencias de dignidad personal, evidencias de sentido comun, y evidencias morales, que constituyen para ella una regla absoluta de certeza. Ahora bien, con presentar á la negacion científica completamente opuesta á todas esas evidencias, queda dicho todo. La naturaleza que es la misma en el hombre que fuera de él, no puede contradecirse: por esto, desde el momento en que nuestro conocimiento del mundo desmiente al que de nosotros mismos tenemos adquirido, el primero, que siempre es más ó ménos dudoso, debe subordinarse al segundo del cual en manera alguna podemos dudar. No es así como proceden actualmente las ciencias llamadas naturales. La prueba más convincente de que explican mal la naturaleza, la tenemos en que constituyen un atentado contra la naturaleza humana, implicando con relacion á esta, la *deshonra*, la *sin razon*, la *barbarie*, la *inmoralidad* y por tanto el trastorno completo de la economía racional.



solverse en el sistema del hombre hecho Dios, solo nos ensalza para después humillarnos. En el primer caso, Dios es el principio y el fin de las cosas; y la regla de las creencias y de los deberes se llama teología: en el segundo, el hombre es el único Dios de este mundo; y la ciencia más importante es la que se conoce con el nombre de antropología ó *humanismo*. Pues bien, en realidad el hombre se rebaja en toda la elevación que en sus errores se atribuye. Si consciente en considerarse simple criatura formada por el poder divino, caida en virtud de un acto de su propia voluntad y rescatada por medio de una sangre reparadora, crece hasta el punto de adquirir proporciones verdaderamente sobrenaturales: en cambio si se arroga la divinidad ó si la niega, llega á experimentar en una miseria sin nombre, el castigo de los ángeles anatematizados. En este sentido es como se realza la palabra de un profundo pensador: «El que hace el ángel hace la bestia (1);» La historia nos proporciona copiosos y memorables ejemplos de semejantes caídas.

A fines del siglo décimo octavo, como se pronunciara el nombre de Dios en una lectura de

1 Pascal, Pensamientos.

Pascal ha dicho: «Hay mucho peligro en evidenciar extremadamente al hombre la semejanza que tiene con las bestias, si al propio tiempo no se pone de relieve su grandeza: también existe peligro en poner demasiado de relieve esta grandeza, si al par no se le muestra su pequeñez: lo más conveniente es ponerle de manifiesto la una al lado de la otra (1)». Solo el cristianismo es capaz de mantener á la humanidad en este difícil equilibrio: fuera de él el hombre tiende, ó á suprimir á Dios ó á ocupar su lugar, con lo cual, y es este un contraste muy digno de ser estudiado, desciende de toda la altura de ser estudiado, en detrimento de su Autor.

El cristianismo, que se reduce al dogma de un Dios hecho hombre, es para nosotros fuente de grandeza: el anticristianismo que, viene á re-

1 Pensamientos.

da en el Instituto, Cabanis, encendido en cólera, reclamó que no se pronunciara jamás semejante palabra delante de los individuos de aquella distinguida corporación. Al cabo de algún tiempo, un fisiólogo de la propia escuela, que se vió obligado á contestar á esta pregunta ¿qué es el hombre? salió del paso definiéndolo: un tubo abierto por sus dos extremos.

Dios quedaba vengado:

Durante una gran parte de este siglo, el panteísmo, es decir, la divinización del hombre por el dógma de la unidad de substancia, ha sido la opinión acreditada por la filosofía de lo absoluto. La Alemania fué la primera que se dejó desvanecer por los perfumes exhalados por esta doctrina; despues de lo cual pasó la copa primero á Francia, y posteriormente al resto de Europa, que por un momento se dejaron prender en las redes de tan seductora perspectiva. Mas no bien los ideólogos de allende el Rhin dijeron «Somos Dioses», cuando los materialistas les respondieron: «Somos brutos.» Tanto es así, que Burmeister no vaciló en escribir: «El cuerpo humano es una forma modificada del cuerpo animal: el alma humana es una alma animal fortalecida,» á lo cual añade Cárlos Vogt: «El hombre no tiene ventaja alguna so-

bre el animal, su superioridad intelectual, respecto del último, es meramente relativa.»

Tal es la manera como se precipita la humanidad desde el lugar en que le corresponde mantenerse, cuando pretende alcanzar un sitio superior.

Ante semejante espectáculo, represéntaseme Adán naciendo de un soplo de la divinidad, é instituido rey del universo: yo le contemplo en su actitud soberana colocado sobre la tierra y mirando al cielo, para representar la doble predestinación que le da el mundo presente en propiedad, el mundo futuro en herencia, y finalmente, le considero emanado de Dios por medio de la creación, reconquistado por Dios por medio de la redención, y reunido, al cabo, eternamente á Dios por medio de la glorificación, despues de lo cual me es imposible vacilar respecto del símbolo que debo seguir. La doctrina que me aconseja el desprecio de mí mismo y el de mis semejantes es despreciable: en cambio, la que me eleva y los eleva, es verdaderamente digna de respeto. Por lo demás, y siguiendo esta ley, no hago más que seguir la inclinación de mis propios impugnadores, porque «hasta aquellos que igualan los hombres á las bestias, quieren merecer su aprecio: para ellos el mejor



sitio del mundo se halla entre ellos, pues tenemos del alma humana tan elevada idea, que podemos sufrir vernos despreciados. Así es como se contradicen á sí mismos en virtud de su propio sentimiento, los que todo lo explican por medio del organismo (1).<sup>11</sup>

¿Qué es lo que ha resultado de este crimen de la humanidad contra su propia dignidad? Que cuanto ménos se respeta más se estima, y que cuanto mayor es la estimación que se profesa, ménos concede á los otros, por lo mismo que no le queda mucha de que disponer. De aquí resulta una verdadera epidemia de desprecio universal. Hoy los menospreciadores ó mofadores, han reemplazado á los héroes y á los santos, y cuando la humanidad se prodiga á manos llenas el desprecio, no hace más que hacerse justicia, porque ¿qué pueden merecer acá en la tierra, los movimientos de un mono que habla, lucha y gobierna, sino un poco de curiosidad cuando desempeña perfectamente su papel, y los silbidos de los espectadores cuando fracasa en la ejecución del mismo?

I Pensar en Pensamiento.

Y sin embargo, no le basta al hombre con insultar á su especie: desde el momento en que únicamente ve en ella una colección de animales, ha menester adorarse. Por lo mismo que la necesidad de la adoración es en él innata, y por lo mismo, también, que en su concepto, no existe objeto alguno verdaderamente digno de semejante honor, ¿qué inconveniente puede haber en que se lo tribute á sí mismo? Por esto Feuerbach propone subsistir la *anthropolatría* á la religión, es decir, sustituir el culto á Dios por el culto del hombre, y Max Stirner, llevando más adelante sus conclusiones, se burla de ese Dios-humanidad, como de la última de las supersticiones, y predica la *autolatría*, desplegando al viento la bandera en que ha escrito: *Quisquis sibi Deus*, cada cual es el Dios de sí mismo. Librenos el verdadero Dios de presenciar la aplicación social de tan perversas invenciones, si es que pueden ser compatibles la sociedad y tales experiencias. Era espantosa sería la que tal ensayo presenciara, puesto que en ella el hombre prodria prevalerse de su título de Dios para reivindicar todos los derechos; y de sus inmunidades de animal, para declinar el cumplimiento de todos sus deberes, po que en el momento en que

se juzga incapaz de la virtud tiene razon de sobras para creerse dispensado de ella.

La incredulidad científica contemporánea al arrebatar al hombre la dignidad de su origen, le hace perder, como consecuencia precisa, su dignidad moral, puesto que la familiariza con tres errores monstruosos que son el deicidio, el suicidio y el homicidio doctrinal.

Existe un crimen más espantoso que el que proviene de atentar á la vida de sus semejantes, ó sea el fratricidio; más horrible que el de bañar las manos en la sangre de los padres, ó sea el parricidio; este crimen es el que consiste en atacar la existencia de Dios, ó sea el deicidio. Semejante exceso hállase virtualmente contenido en la doctrina del ateísmo, puesto que esta blasfemia implica la doctrina de lesa divinidad. Pues bien, júzguese por lo que vamos á decir del estado á que ha llegado la decadencia que caracteriza nuestra época. En tanto que la negación idealista de Dios se disfrazaba cual si tuviera vergüenza de sí misma, la negación materialista osténtase desembozadamente cual si tuviera satisfecha y orgullosa de su proceder. En otro tiempo la filosofía, despues de haber trabado en anonadar á Dios, hablaba de él, cual si

por semejante medio pretendiera declinar el oprobio proveniente de tamaño exceso hoy prescinde de sus antiguos pudores, y habiendo del cinismo una especie de franqueza depravada, exclama: «Dios es un cuadro vacío sobre el cual puedes escribir lo que mejor se te antoje (1),» ó bien: «Lo mismo da que adores á Jehová ó al buey Apis, á tu propia sombra ó al *status ventris*, pues Dios no es más que el dominio de la fantasía (1),» ó tambien, — y no puedo ménos que sonrojarme al considerar que nuestra lengua ha podido servir para lanzar tan horrenda blasfemia, — « Dios es el mal (3).» ¡Qué pensarían finalmente Newton, Descartes y Keplero y todos los religiosos fundadores de la astronomía, oyendo á una posteridad de pigmeos que sin pruebas de ninguna clase y sin respeto alguno ha osado exclamar: «Los cielos no cuentan ya la gloria de Dios, sino la de Laplace (4).»

El anonadamiento del yo, es tambien una tendencia desordenada de nuestro especialismo científico. El mundo echa á veces en cara á la mor-

1 Dacher.

2 Feuerbach.

3 Froudon.

4 Véase Janet, Materialismo contemporáneo en Alemania.



tificación cristiana el que se suicidie, siendo así que no es más que un desprecio. Disminuir la vida del cuerpo [para aumentar la del alma es vivir más y de ningún modo morir. El verdadero suicidio es el organicismo, que consiste en el abrazo eterno de la nada. Sí, el materialista que ha dicho *al polvo y á los gusanos: Sois mis hermanos*, que ha exclamado: *Moriré, y se ha extremecido de placer*, es el que realmente se suicida para toda una eternidad. Y la verdad es que al presente abundan los pensadores que ponen en duda la imposibilidad de la inmortalidad individual, acaso por que les asisten poderosas razones para temerla! Cuanto menos dignos son los hombres de sobrevivir á sus obras, mayor afecto profesan á la nada: por esto los discípulos de la nueva doctrina se hallan poseídos de una especie de furor de destrucción.

No se diría sino que se les infiere una injuria concediéndoles el honor de pensar, cuando se haya extinguido ya su cerebro, orgullosos como están de su nobleza de *hombre-máquina* de *hombre-planta*, y de otras genealogías que si les hacen superiores al orangutan respecto á inteligencia, les hacen sumamente inferiores al elefante y á la ballena por lo que mira á la longevidad. Lo que han escrito los especialistas

de Francia y de Alemania para establecer que, según las leyes de la naturaleza, *cuanto nace debe morir*, no es para reproducido: el sentido moral desfallece ántes de la idea de tener que emprender tan ingrata tarea, sin contar con que las exposiciones desnudas de la extravagancia ó de la perversidad, constituyen un espectáculo peligroso, toda vez que el hombre al instruirse en sus propias bajezas, se familiariza con lo monstruoso, y corre el riesgo de adherirse á él.

Y nótese que la negación científica relativa á la vida de ultratumba hace tan fácilmente prosélitos entre los hombres, como en sus propios autores. Por lo mismo que procede del espíritu del mal, que fué homicida desde el principio del mundo, diríase que con el odio á Dios y al yo implica el odio á la humanidad. Sus secuaces admiten fácilmente que las moléculas del cuerpo viven siempre; pero condenan en nosotros á perpétua extinción el principio de vida. A sus ojos la última palabra de los destinos futuros hállase contenida en esta máxima esculpida sobre la puerta de los cementerios por Chaumette: "La muerte es un sueño eterno," y ponen las siguientes palabras en boca del representante de una tribu salvaje que interpela á un misionero

cristiano: «Pretendeis que soy inmortal, ¿por qué no lo han de ser igualmente mi buey y mi perro? ¿En qué me diferencio de ellos, en qué se distingue el hombre del animal, sino es en ser el hombre mucho más bellaco (1)?» Finalmente, no se diría sino que se gozan en pisotear desapiadadamente á la humanidad en el interior de las tumbas en que yace, cual si pretendieran impedirle la salida; pero la humanidad á pesar suyo llama á las puertas de su cárcel, y en tanto que la naturaleza física yace enterrada en el fango, la naturaleza moral, sacudiendo ese sudario repugnante, contesta irremisiblemente á la disolución: *Espero la resurreccion y la vida del siglo futuro.*

Tenemos pues, que sea lo que se quiera de las intenciones sentimentales de los incrédulos, sus teorías son inhumanas. No ha faltado uno entre ellos que ha osado decir que *la fe es contraria al amor*: quisiera saber qué filantropía puede existir en el dógma del dolor sin esperanza, y de la impunidad eterna de los malvados.

La negacion contemporánea con la dignidad

í Buckner.

original y la dignidad moral, destruye tambien la dignidad intelectual de nuestra especie. Al presente se repite con mucha frecuencia la pregunta encaminada á averiguar, por qué no son reemplazados los hombres ilustres que perecen y por qué razon, nuestro siglo glorioso en su comienzo, se vé condenado á ostentar el sello de la medianía en sus últimos años. Consiste semejante fenómeno, en que los talentos elevados no son, con frecuencia, otra cosa más, que la expresion de la conciencia elevada que tiene el hombre de sí mismo, y en que el génio, si quiere darse alas, necesita creerse predestinado, á elevarse al cielo. El arte, la poesía, la elocuencia, la literatura, en suma, los dones todos que se basan en la inspiracion, brotan del alma, y no podrian existir cuando se pone á discusion la existencia de esta.

Los hombres políticos atribuyen siempre á las influencias políticas la decadencia intelectual de las naciones; pero bajo este punto de vista, el despotismo no ha cometido, con mucho, todos los delitos que se le imputan, del mismo modo que la libertad no ha llevado á cabo todos los prodigios que se le atribuyen. Lo que principalmente contribuye á fecundar el pensamiento de una generacion son las doctrinas. El siglo de



Luis XIV no contaba para inspirarse con las emociones del foro y de la tribuna, y sin embargo cuéntase entre los más grandes en los anales del espíritu. El siglo de Augusto fué la tumba de la libertad romana, lo que no impidió que fuese la cuna de Horacio y de Virgilio; mas la verdad es que en tiempo de Augusto y de Luis XIV las almas creían á un y por consiguiente los espíritus eran poderosos.

En efecto, equivocábase tristemente el que considerara á la fé como una traba intelectual: su peso es para la inteligencia lo que para el pájaro son las alas, le cargan; pero permiten que remonte su vuelo. Con frecuencia se acusa al despotismo del primir imperio de la inferioridad literaria ó filosófica de este periodo. Cierta que la savia entónces invertida en las gigantescas luchas sostenidas en el exterior, concentrada en el interior, habria podido dar vida á muchas obras maestras. Mas el fenómeno de que el espíritu francés jamás lograra remontarse durante la era imperial, debe principalmente atribuirse á la filosofía reinante en aquella sazón. La Francia acababa de salir de las aulas del ateísmo, levantadas por el siglo décimo octavo y por el periodo revolucionario; su pensamiento no podía en manera alguna desprenderse instantá-

neamente de aquella perniciosa influencia y por consiguiente permaneció paralizado hasta tanto, que gracias á una poderosa reaccion espiritualista, abrió de nuevo los ojos y pudo contemplar el camino del cielo. Cuando el materialismo cayó en descrédito, reaparecieron los espíritus eminentes, con la fé que forma la atmósfera indispensable para su vida. Poetas, oradores, filósofos, historiadores brotaron de improviso del reducido círculo en que el sensualismo de Condillac mantenía encadenado el vuelo nacional, y formaron esa hermosa pléyade cuyos últimos representantes nos inspiran tan profundo respeto, como profundo duelo nos produjeron sus últimos muertos.

Transcurrieron algunos años, una nueva invasión de naturalismo ha venido á sumergir el dominio del pensamiento, y las ciencias de la materia han oprimido y esterilizado nuevamente las facultades intuitivas del espíritu. Ante semejante espectáculo no ha faltado quien haya atribuido esta nueva caída al escepticismo de los poderes; otros la han achacado al escepticismo de los pueblos; mas la causa principal debe buscarse en una evolucion científica, encaminada á hacer de este mundo una exposicion perma-

nente de los tres reinos, y en manera alguna el vestíbulo de una patria mejor. Bajo el imperio de la fé surgen creyentes; el materialismo sólo engendra ingenieros: con la fé el hombre canta, ruega, espera y ama á sus semejante; sin ella se agita, calcula, goza y desprecia; y cuando las cosas han llegado á este extremo, áun cuando es verdad que el mundo produce todavía grandes naturalistas, es más bien para vergüenza suya, que como anuncio de progreso, pues lo único que esto indica es que la humanidad, que nada sabe distinguir contemplando el cielo, estudia, estima y abarca la tierra como su seno maternal y su verdadero paraíso.

Finalmente: hasta lo que podríamos llamar nuestra dignidad animal, se halla comprometida por la negacion contemporánea. El hombre de nuestros dias defiende la libertad ilimitada en política, y su servidumbre en el foro interno, sin considerar que no puede merecer el verse emancipado de los poderes, mientras sea considerado esclavo de sus inclinaciones. La ciencia actual ha puesto su formulario al servicio de esta tendencia culpable, haciendo caer de este modo al rey de la creacion, de las categorías zoológicas en que se había vergonzosamente colocado, hasta los últimos grados del reino maquina-

Más adelante pedirémos cuenta de este agravio al materialismo en nombre de la moral; pero entre tanto juzgamos indispensable revelar las bofetadas que ha recibido nuestra dignidad. En virtud de este fatalismo fisiológico ¿á qué se reducen, en qué consisten la continencia de Scipion y la fidelidad de Régulo? «En la preponderancia de una funcion cerebral sobre las demás.» ¿Qué son un santo ó un héroe? «Un teorema que anda.» ¿Qué es la civilizacion? «Una resultante de estas tres diversas influencias: la raza, el medio, el momento.» Por último, ¿qué es el mundo en general? «Una gerarquía de necesidades, un mecanismo universal que se sostiene en virtud de una fuerza interior y forzosa, que hunde en el corazon de toda cosa viviente las tenazas de acero de la necesidad (1).» De esta suerte la personalidad humana desprovista de todo imperio sobre sí misma, se ve sometida al dominio de las leyes de una mecánica envilecedora, y almas y moléculas de materia véanse igualmente arrastradas por un engranaje inflexible. Nó, no bastaba para vuestra humillacion el haber nacido, en virtud de transmuta-

1. Véase MM. Littré, Taine, Compté, etc. Parisini.



ciones genealógicas, de algun reptil semi-animal, semi-vegetal que se arrastraba hace millares de años en las últimas capas de un mundo desaparecido, debeis ser ménos, mucho ménos que un simple bípedo; debeis ser una fuerza ciega: ménos aún que un animal, debeis contentaros con el modestísimo papel de autómatas.

Hasta que extremo de degradación podría degenerar la humanidad, sometida á tan dura presión, si no existieran rasgos de dignidad, de sensibilidad, de espontaneidad indomable que sublevándose al sentirse oprimidos por tan brutales ataduras acaban por romperlas, es imposible imaginarlo. Por esto no nos sorprende que las costumbres se corrompan, que se pisotee la fé conyugal, que las convicciones se enervan, que los caracteres se empequeñezcan, que las estadísticas criminales asusten á los tribunales de justicia, en suma, que corroan el cuerpo social las gangrenas todas del orden moral: lo que nos sorprende es que con tales doctrinas el mundo no haya llegado á mayor degradación. La verdad es que si esto no ha sucedido, consiste en que tales doctrinas no tienen fuerza para ello. ¿Por qué, sino, trabaja el hombre en respetarse más de lo que hacian los cuadrumanos sus abuelos? Entre individuos pertenecientes á

tales razas, la primacia no corresponde al más digno, sino al más diestro. Mas la prueba indoleble de la grandeza nativa del hombre la tenemos en que es incapaz de realizar todo el mal que de él imagina, y en que gracias á su desdeno á su virtud, considera una ofensa hecha á la naturaleza todas las teorías que rebajan la dignidad humana.

## II

La negacion científica, tomada en conjunto, además de rebajar la dignidad humana, constituye una injuria y una especie de violencia inferida á la razon. Y ¡cosa extraña! La incredulidad niega en nombre de la razon, y so pretexto de restituírle sus derechos, la tortura. Y es que, segun se ha dicho, todo es razonable en la fé, hasta el sacrificio que en aras de la misma hace la razon. Por esto desde el momento en que se emancipa de la tutela celeste, cae de las alturas de la religion incomprensible, en los arcaicos de una filosofía que no puede comprenderse,

alejándose del buen sentido, todo el espacio que interpone entre ella y lo divino. Uno de los caracteres más generales de la ciencia positiva es el ser una mutilacion, un desmembramiento de la razon.

El testimonio de la razon solo es completo, cuando ha obtenido el asentimiento de todas nuestras facultades respecto de una verdad. En efecto, la luz no nos viene solamente de la induccion especulativa, si el sentido comun no la rectifica. Kant probó de una manera irrecusable que fuera de la esfera de lo subjetivo no puede haber certeza; pero esto no ha sido obstáculo para que el experimentalismo haya establecido su método de observacion sobre el axioma de la certeza objetiva. Por otra parte el entendimiento por sí solo no tiene el derecho de sacar una conclusion, sino la ratifican el sentido íntimo y el instinto moral. *El corazon tiene sus razones que no comprende la razon* (1) y por esto podría preguntarse á los naturalistas que eliminan la fé en nombre de una humanidad quimérica, que suponen sin entrañas y sin necesidad del gioso, "¿qué naturaleza es esta de la cual

se nos habla, y quién ha conocido á esa señora (1) No debe pues separarse en el hombre lo que se halla en él unido indisolublemente, la facultad de comprobar los hechos y categorizarlos, y la de amar, aspirar y esperar una más allá. Solo la convergencia de todas esas visiones en una aspiracion comun, pueda constituir un juicio racional. Su divergencia es ó una opresion del hombre intelectual por las usurpaciones del hombre moral, ó el sacrificio de este á las exigencias del hombre intelectual.

Tal es el grande atentado del positivismo contra la razon humana. Acusa á los metafísicos de "profundizar incesantemente el abismo de la irracionalidad y de la divagacion, como una especie de clerecía filosófica incapaz é indigna (2)." Y sin embargo podrían devolvérselos tiros resultantes de tales lindezas, porque ese abismo de la irracionalidad consiste en declarar la mirada del hombre, infalible en el exterior, é incierta respecto de los hechos de conciencia, como si la conciencia no fuese el espejo, cámara oscura dentro de la cual los objetos



externos se certifican y reflejan por sí mismos; y en cuanto al *exceso de divagacion* forma parte del programa que coloca las matemáticas, la astronomía, la biología y la sociología en el vasto departamento de los conocimientos humanos del cual sin embargo excluye la psicología; lo cual vale tanto como incluir dentro de la ciencia los astros conocidos por el yo, y dejar al yo fuera de ella, todo con el propósito de tener una razon para establecer que el hombre no es más que contador viviente, una especie de aparato físico destinado á comprobar las leyes; pero en materia alguna un alma capaz de elevarse á su principio.

«Pero vosotros no me bastais, contesta la naturaleza moral á los que más ó ménos inconscientemente de esta manera la insultan, porque vosotros no me enseñais más que la materia. Vosotros me reduéis á lo visible y á lo palpable y yo tengo pensamientos más elevados.... El origen y el fin de las cosas, problema del cual yo formo parte, me atrae especialmente. Prefiero entregarme á conjeturas en asunto para r de tanto interes, á saber por medio de razones demostrativas ciertas cosas que me parecen secundarias..... Vosotros no me quitéis del espíritu las aprensiones, las curiosidades

ultra-tumba. En el fondo mi negocio principal soy yo, lo que me espera á mí, máquina ardiente de ideas y pasiones, en el momento en que ciertos órganos dejan de prestar servicio á la máquina. Ser ó no ser: tal es la cuestion de las cuestiones; prescindiría muy satisfecho de la química y la geometría, y no sabría pasarme de esta contemplacion y de las esperanzas que á la misma van anejas. Disputarme este sueño, no es en manera alguna colocarme en el lugar que me corresponde, es degradarme, por que yo no soy únicamente un animal político, sino que sobre todo y ánte todo soy un animal religioso (1).»

Hé ahí la ciencia verdaderamente positiva, porque no excomulga en manera alguna lo mejor de nuestra individualidad de las verdades científicas. Un crítico burlo de nuestro tiempo echa en cara al espiritualismo el dividir al hombre en dos, cuando admite que una porcion de nosotros puede vivir, en tanto que la otra pudre en el suelo (2). Ironía de un gusto y de un corazon por cierto muy poco delicados. Los que parten el hombre en dos, son los que colocan

1 Dupont White, Revista de Ambos Mundos, 15 de febrero de 1865.  
2 M. Renan.

su experiencia física en oposicion con sus evidencias morales; son los que la dividen para alcanzar de la parte adhesiones que en vano esperarían del todo, desnaturalizando en cierto modo á la naturaleza, para obtener de ella un testimonio falso. Buchner ridiculiza al que cree sin ver, comparándole al hombre que pensara llevando la cabeza debajo del brazo: hay una anomalía más espantosa que esta, y es la del hombre que piensa, al par que pisotea su razon. Si la fé ciega oscurece, la razon desprovista de corazon disminuye la inteligencia.

La negacion contemporánea por consiguiente empequeñece la razon; pero además es, una reduccion de la ciencia. Segun se ha hecho observar, el positivismo no es ni revelador, ni inventor, ni organizador, sino, eliminador. Ha tomado entre manos la carta del mundo científico, y ha suprimido todos los pueblos que mira con prevencion, y en virtud de la más orgullosa de las arbitrariedades, ha dicho á la moral, á la metafísica, á la teodicea y á la psicología, os separo de la ciencia; añadiendo, luego hablando de sí mismo, yo soy la ciencia: y la credulidad del vulgo se ha dejado sorprender por ese juego de preatidigitacion que pretende pasar plaza de filosófica.

Véase en substancia la descripcion de su procedimiento: no emplear jamás el *como* ni el *porque* en los hechos del universo y en los de la humanidad; echar mano exclusivamente como medios de conocimiento de la observacion externa y de la experiencia; admitir los hechos que caen bajo el dominio de los sentidos, sin hacer mencion de los que solo pertenecen á la conciencia. Como todos los hechos son esencialmente homogéneos, solo existe un procedimiento para conocerlos, y cuando no son físicamente observables deben tenerse por dudosos. Por consiguiente en lugar de aventurarse en la investigacion de las *causas* y de las *esencias*, y en las especulaciones de la teología, de la metafísica, de la psicología, y de la moral, es preferible aplicar los recursos del cálculo al estudio de las realidades materiales, puesto que es el único camino cierto para llegar al conocimiento de los seres y de sus leyes. Seis ciencias encierran y circunscriben el campo de la exploracion científica: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología: fuera de este mundo imaginado por los Colones y los Layeprouses del positivismo, no existe para el espíritu humano tierra firme, todo son mares insondables ó regiones fabulosas, en las cuales pue-



den aventurarse los poetas; pero en que el filósofo no debe imprimir jamás su huella.

Al llegar á este punto, oórrresenos que en nombre de la religion, podriamos pedir al positivismo, estrecha cuenta del destierro extracientífico que le impone. ¿Cómo se arregla en efecto, para suprimir de una plumada lo que llama la hipocresía teológica? Suprime cuantas ciencias pueden estorbarle, y de este modo establece en principia lo que es objeto de discusion; hace un axioma del asunto de la tésis, y en suma resuelve de antemano que siempre tendrá razon contra nosotros, y nosotros no la tendremos jamás contra él: procedimiento como pocos cómodo, que solo tiene de positivo la pretension de tal, porque en lugar de avanzar gira sobre sí mismo, semejante á la figura de ciertos antiguos mosaicos que representa una culebra mordiendo la cola.

Mas quién principalmente tiene derecho para apelar, es la ciencia que ve sus dominios reducidos, restringido su vuelo, y destruida la mitad de sus medios de comprobacion ó de conquista por medio del positivismo. La ciencia puede decir: devolvedme mis grandes hombres, porque Sócrates, Platon, S. Agustin, Bossuet me han pertenecido y vosotros me los arreba.

tais; devolvedme mis fronteras porque yo ocupó todo el espacio comprendido entre el estudio de los números y el estudio de Dios, y vosotros me despojais de la mitad de dichos dominios; y haceis inscribir la restante bajo vuestro nombre; devolvedme una inviolabilidad, porque la circunscripcion de la ciencia, es decir, de todo lo que el hombre puede saber con certeza, ha sido trazada por Dios, y no existe sistema alguno que pueda disponerla de otro modo. Y en efecto, ¿con qué derecho pretende el positivismo arrogarse el poder dietatorial de fijar los contornos de la esfera científica? ¿Después de todo, la escuela positiva es una de tantas en que se halla dividido el campo de la filosofía. Si critica es también criticada, cuenta con amigos y con adversarios; no es únicamente juez del combate, sino que figura en el número de los combatientes y cuenta ya con sus sectas y con sus escuelas (1).

Finalmente, la negacion hoy día dominante, después de haber mutilado la razon y la ciencia, suprime todos los instintos lógicos, puesto que implica la hipótesis gratuita y la contradiccion.

Constituye una idea fija en el positivismo el ver únicamente meras hipótesis en todas las ciencias á las cuales excluye. Segun él la teología, la metafísica, la moral, la psicología, no son más que un mundo de hipótesis: hasta Dios mismo no es más que la primera hipótesis; el alma humana á su vez pasa á la categoría de la hipótesis, y hasta las creencias más universales, más generalmente admitidas y más acreditadas, solo le parecen un vasto sistema de hipótesis. Entonces, ¿dónde comenzará el granito de las verdades inquebrantables para ese riguroso eliminador? Escuchemos, va á hablar el oráculo: «El saber, dice M. Littré, es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas.» Pero si hemos de creer á Aristóteles, «lo que hay de más científico son los principios y las causas» y por consiguiente resulta que M. Littré, no da á su sistema más base que su propio sistema, y que contra las supuestas hipótesis que combate, solo tiene el recurso de emplear otra hipótesis.

¿Qué es si no la idea fundamental del positivismo, haciendo evolucionar á la humanidad dentro de un ciclo que empieza por la teología, que continúa por la metafísica, y que acaba por la

ciencia de observación física? Una hipótesis.

¿Qué es la fórmula sacramental? «Todos los hechos, sean de la naturaleza que se quiera, se hallan sometidos al mismo medio de comprobación, y toda realidad, para ser reconocida, debe ser directamente observable por los sentidos?» Una hipótesis.

¿Qué es la doctrina en virtud de la cual las cosas carecen de principio y de fin? Una hipótesis.

¿Qué es la afirmación de una serie de causas sin causa primera, de una serie de movimientos sin primer motor, y de la inmanencia fatal de las fuerzas de la naturaleza sin primer regulador? Una hipótesis.

¿Qué es en fin la pretensión segun la cual de cretais que más allá de lo tangible y de lo cuantificable no puede haber más que la nada; que la ciencia del yo, del bien, del ser en general, no existe, y que vosotros sois la verdad total? hipótesis y nada más que hipótesis.

No digais pues: *El saber es el estudio de las fuerzas que pertenecen á la materia, y el de las leyes porque se rigen dichas fuerzas:* decid más bien que esto es lo que se trata de averiguar: prejuzgar la cuestión en provecho propio desde



la primera palabra, vale tanto como exigir que se os conceda desde luego lo que estal obligados á demostrar. Y si pretendéis que esto no ha menester demostraciones, es porque convertís en evidencias vuestras propias hipótesis, en tanto que convertís en hipótesis las evidencias de los demás. Procedimiento cómodo, en virtud del cual puede cualquiera adjudicarse el privilegio de no equivocarse nunca, sin tomarse siquiera el trabajo de tener razón.

Y téngase en cuenta que el positivismo, basado en este fundamento puramente hipotético, establece sillares sin cimiento que no son más que un conjunto de contradicciones: prestad oído á su confesion.

«Allí se proclama el reinado exclusivo del hecho y se rechazan todos los hechos que contradicen al sistema que se quiere honrar. Por ejemplo: el hecho de la historia humana entera afirmando las ciencias que niega el positivismo: el hecho del pensamiento humano adhiriéndose siempre y en todas partes á las cualidades invisibles: el hecho de la inteligencia humana llevando constantemente impreso el sello indeleble de lo absoluto: el hecho de la conciencia humana, marcado siempre y en todas partes con el sello de la ley moral: finalmente una familia de he-

chos tan ciertos como los fenómenos observables en sí mismos, dejada á parte sin más razón que la de que, inaugurando la soberanía de los hechos, el positivismo se reserva el derecho de elegir los que están de su parte rechazando los demás (1).»

Otra contradicción de la misma escuela: prescindir de la metafísica por considerarla un prejuicio, y servirse de ella como de una base. Dejamos ya consignado que el positivismo coloca las matemáticas en la base de su pirámide científica. Pues bien, la verdad matemática no reside ni en los cuerpos que analiza ni en la extension que mide: hállese si, en una ley superior y anterior, en virtud de la cual el espíritu analiza y mide; hállese en una generalizacion abstracta que ni aún microscópicamente puede distinguirse; hállese, en fin, en un axioma fundamental del cual se deducen las conclusiones geométricas ó algebraicas; la ley, generalizacion y axioma, que vienen á ser la metafísica de este ramo del saber. De manera, que los positivistas cultivan la metafísica sin darse cuenta de ello y hasta á

1 Pedro Páez, año de 1803.

pesar suyo, y que la verdad, lanzada por el sofisma de sus sistemas, penetra de nuevo en ellos por la fuerza.

¿Y no implica también contradicción el querer realizar una construcción científica, prescindiendo del concurso de lo absoluto? No es tan fácil al espíritu humano como se imagina, dice Hamilton, «exorcisar el fantasma de lo absoluto.» Para elevar una estructura científica, lo mismo que para levantar un edificio cualquiera, son menester materiales y un plan determinado. Ahora bien, en el edificio intelectual los materiales son los hechos; el orden que los clasifica, y que superpone los sillares, es siempre lo absoluto. ¿Cómo organizar una serie de experimentos, sin un principio de organización? ¿Cómo constituir la ciencia, sin una regla constituyente? ¿Acaso todo razonamiento no supone un punto de apoyo absoluto, arrojado delante del espíritu humano para ayudarle á salvar el espacio comprendido entre dos proposiciones? ¿Es posible enlazar á un hecho otro hecho, por una ley cualquiera, si no se interpone lo absoluto como intermediario que ha de formar la cadena?

No cabe, por consiguiente, más recurso que, ó renunciar á la ciencia, ó doblar la cabeza al ine-

ludible imperio de lo absoluto, porque la ciencia constituye un manojó y lo absoluto es el vínculo que lo mantiene unido. Por esto así como en ciertos jardines simétricos, suele colocarse una estatua en la cual convergen las diferentes sendas y paseos del mismo, de la propia manera, en el término de todas sus ramificaciones, distingue la ciencia la inevitable cara de lo absoluto. Aspecto más ó ménos reconocible de la divinidad, tan fatimamente identificado con el espíritu, que aun negando la afirmación, no existiendo para el pensamiento orientación alguna que sea tan necesaria como esta, puesto que se extravía en el instante mismo en que la pierde de vista.

Finalmente, ¿puede imaginarse más flagrante contradicción que la que existe entre la fé del positivismo y sus profesiones de fé? No se me oculta el trabajo que se toma para no verse confundido con el materialismo y el ateísmo, de los cuales, en verdad, no se distingue, no habiendo más ventaja en su favor, ó si se quiere, mas inconveniente respecto de estos, que el tener ménos franqueza. ¿Necesitaremos insistir en esta idea que dejamos ya indicada? Sí, para que acaben de una vez para siempre los errores y equivocaciones. No es cierto que el positivis-



mo pase al lado de los grandes problemas del destino humano sin pronunciar una sola palabra: esta palabra la ha pronunciado, y de ella resulta que el positivismo es para la fé un enemigo que se oculta tras una fingida neutralidad:

¿Qué concepto merece una escuela que para nada se ocupa del alma, y que, sin embargo, no tiene inconveniente en definirla «el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal;» que excluye de su programa las causas finales, y que, no obstante, escribe: «Es una propiedad inherente á la materia organizada adaptarse á un objeto y acomodarse á sus fines;» que nada sabe de las causas primeras y declarara, sin embargo, «que es imposible explicar el origen del mando, ni por muchos Dioses, ni por uno solo?» ¿Qué hemos de pensar, repetimos, de tal escuela, sino que se contradice ó se mofa de aquellos á quienes se dirige? Si la contradicción es irreflexiva, tiene para su filosofía muy poco de honrosa, y si es calculada, honra poquísimamente su lealtad.

No venga, pues, el especialismo contemporáneo interdiéndonos el que hagamos excursiones fuera del círculo científico trazado por su mano; no se empeña en levantar diques á nues-

tras aspiraciones hácia lo infinito, ó reducir á lo finito nuestros pensamientos, diciéndole, no te desbordarás; porque por nuestra parte le contestaremos con un elocuente intérprete de la humanidad amenazada por esta prision celular. «Esto es bueno para contado á los topos.» ¿Y si á mí me gusta más contemplar el sol frente á frente; si yo sufro ménos en las alturas en que puedo verme deslumbrado, que sometido á la pálida claridad que reina en un valle estrecho y profundo? Por lo demás, sea el que se quiera el despotismo de vuestras clasificaciones, no ha de influir poco ni mucho en que varíen las leyes de la naturaleza, y en que el género humano pierda la costumbre de ejercitar su noble inteligencia en los problemas de su destino, pues su honor esta interesado en agitarlos incesantemente.

Mutilación de la razón, reducción del terreno de la ciencia, ultrajes repugnantes inferidos á la lógica: tales son los principales cargos que pueden dirigirse al positivismo en el órden intelectual. Pero tomando la negación actual bajo un punto de vista más lato, todavía podremos echarle en cara muchas otras actitudes antiracionales relativamente á la fé.

Podría concebirse en último resultado, si con-